

LUCES Y NARCISOS

Vergara Paulina / San Isidro – Valle Viejo / Literatura – Cuento / Sub18

Los hospitales siempre fueron relacionados con los adjetivos más negativos que podrían existir, nadie le gustaría pasar más de una hora en ese sitio. Incluso, podía recordar a alguien decirle que la muerte vagaba por los pasillos, eligiendo a sus próximas víctimas o sintiendo lastima por otros, dejándolos disfrutar un poco más de la sensación de estar vivos. En primer lugar, lo había considerado demasiado exagerado, pero ahora que lo vivía en carne propia, empezaba a tener sus dudas, de esas que no te permiten dormir, que te vuelan la cabeza, que te obligan a revolver todas las decisiones que habías tomado en la vida. Tenía dudas, pero especialmente, quería saber la razón por la que la habían puesto en esta situación.

Pero las dudas no se comparaban en lo más mínimo con su arrepentimiento. *¿Por qué no fui a visitar a mis padres? ¿Qué me costaba darle un beso a mi marido? ¿Aquel habría sido el último abrazo a mis hijos?* Su cabeza ni siquiera le permitía pensar en otra cosa, más que en la razón de encontrarse en un túnel sin saber si estaba más cerca de la salida o si cada día se hundía en la oscuridad.

—Paciente N°24. Estado Activo. Día 15— esas palabras las escuchaba desde el primer día, se las sabía de memoria. Ver a esas personas, cubiertas de plástico, ingresar a su habitación, incluso podría asegurar que debajo de esas gruesas máscaras, había miradas cansadas, con poca esperanza, pero sobretodo, con tristeza y pesar. Nunca podría decir que era más difícil. Ser la paciente o estar en el puesto de salud.

Seguía tan perdida en sus ideas, hasta que la suave brisa de la ventana de su habitación la hizo cambiar su mirada. Podía observar toda la ciudad, esas calles donde tantas veces tránsito en dirección a su adorado trabajo, o cuando debía llevar a sus hijos al colegio. Se dice que uno empieza a valorar cuando lo pierde, extrañaba su libertad, las ansias de querer salir corriendo del hospital eran incontrolables, pero tampoco quería ser egoísta, tenía algo en su interior que era peligroso para el resto de las personas, jamás podría vivir consigo misma sabiendo que, por su culpa, había personas sufriendo lo que ella estaba viviendo. No se lo deseaba a nadie. Estaba tan hundida en sus ideas, que no fue capaz de evitar el salto en su camilla al ver como un objeto ingresaba a la habitación, cayendo en uno de los rincones.

No fue difícil saber que era. El papel de color pastel estaba doblado tan bien que casi era envidiable la forma en la que se convertía en un avión. La curiosidad en su interior no le

permitió quedarse en la camilla, balanceándose sosteniendo la mascarilla que le ayudaba a respirar y la intravenosa en su brazo derecho, logró cumplir con su objetivo: tener el avión de papel en sus manos.

Y pudo saber de quien se trataba con solo ver la caligrafía al desarmarlo.

Hola. Nunca escribí una carta, pero ya no sé cómo poder hablar con vos. La abuela me dijo que así se comunicaban las personas antes.

Quería decirte que aprendí a sumar. Fue algo difícil, la seño mando la tarea y papá no tiene paciencia, pero los dos pudimos aprender. Creo que papá aprendió más que yo.

Me estoy portando bien. Julieta se pone mal cuando no como las verduras, dice que te enojaras conmigo y no quiero eso. Son feas, pero las voy a comer.

Papá me dijo que estas peleando con un señor que se llama coronavirus. ¡Tienes que ganarle! ¡Nadie puede ganarte porque tú siempre ganas!

Me estoy quedando sin espacio, pero voy a seguir mandando avioncitos. Papá me ayuda a armarlos.

Te extrañamos. Por favor, vuelve pronto, mamá. Benja.

—Yo también te extraño, bebé.

[...]

¿Por qué todos parecían tener la posibilidad de regresar a sus vidas, excepto ella? Desde la soledad de su habitación, podía escuchar los constantes aplausos despidiendo a algún vencedor que ha logrado triunfar ante esa maldita enfermedad, mentiría si dijera que no lo envidiaba, era como si cada minuto que transcurría, su estado empeoraba a tal punto que las visitas médicas eran escasas. No quería creer que se trataba del desdichado *caso perdido*, porque no era cierto. Tenía una vida a la cual regresar, una familia que la estaba esperando, y un niño que rogaba por su presencia. No quería seguir fallando. Mucho menos a Benjamín. Sonrió ante la tristeza que se generaba en su interior. No importaba que tanto quisiera evitar lo inevitable, cuanto desee poder gritarle al mundo que ella también había vencido, debía aceptar que mientras los días pasaban, su estado empeoraba y con eso, disminuían sus posibilidades de salir de aquel horrible lugar. Sus dedos jugaban con las hojas de distintos colores entre sus manos, la única excusa que tenía de mantener la ventana de su habitación abierta y el verdadero motivo por el cual no quería darse por vencida.

¡Mamá, adivina!

Con papá, le sacamos las rueditas a mi bici. ¡Puedo andar solo! ¡Tenemos que ir los dos a andar en bici apenas vuelvas!

Me gustaría haberte dado la sorpresa, pero no sé cuándo volverás. ¿Te falta mucho? ¿Es muy malo el señor coronavirus? Vi en la televisión que encontraron una vacuna. Le pregunte a papá que era y me dijo que es una espada que vas a usar para vencerlo. ¿Me la mostrarás cuando vuelvas? Eres una superheroína con una espada muy poderosa. ¡No te rindas, mamá! Benja.

Sería tonto decirlo, pero cada vez que leía alguna carta de su segundo hijo podía escuchar su voz en su cabeza, como si en la distancia, él mismo le leería sus escritos tan infantiles, pero con los sentimientos más sinceros que un niño de seis años podría expresar.

Debía volver. Benjamín la estaba esperando. Y no era el momento para rendirse, al menos, no hasta ver una vez más a su pequeño y darle ese abrazo que no le permitieron la última vez. Su hijo la necesitaba. Y no podía defraudarlo.

[...]

Mamá.

No quería decirte esto, pero tengo miedo.

El abuelo hoy dijo un número muy largo, no entendía porque estaba dibujando, pero papá se molestó, dice que no quiere saber cuántas personas murieron. Sé que te vas a enojar por escuchar las conversaciones de adulto, pero no hable nada, solo escuche.

La abuela me dijo que muchas personas se vuelven lucecitas en el cielo, como el tío. ¿Tú serás también una lucecita?

¡Seguro que serás la que más brilla!

Pero yo no quiero eso, porque si te conviertes en una lucecita, no vas a volver. El tío no volvió, y no quiero que te vayas de nuevo.

Por favor, mamá, no te vuelvas una lucecita. Tu brillas aquí, no tienes que irte.

Te quiero mucho. Benja.

El sonido de las voces a su alrededor parecía tan lejano que casi podía perderse en un murmullo. Lo único que le era evidente era la dolorosa sensación de ahogarse, como si alguien le estuviese asfixiando de la forma más inhumana posible. Todo en su interior le dolía a tal punto que apenas podía mantener su mente despierta. El constante toque de otras manos y de las propias en señal de que acaben de con ese sufrimiento, no podía soportarlo más. El

aire no ingresaba a sus pulmones, incluso podría asegurar que algo en lo profundo de su ser se desgarraba profundamente —¡La estamos perdiendo! — en medio de su agonía, diferentes imágenes se formalizaban en su inestable mente.

—"**¿Cuáles son tus flores favoritas, mamá?**

—**Ahora no, Benjamín, estoy ocupada"**

—"**¡Mamá, mañana es el partido de futbol! ¿Vas a ir, ¿verdad?**

—**Benjamín, te he dicho que no me llames cuando estoy trabajando. ¿Si?"**

Si se ponía a contar todas las veces que desperdició las oportunidades de disfrutar de sus hijos, sin duda alguna no terminaría más. ¿Cuántas noches discutió con su esposo por la prioridad hacia el trabajo, pero la ausencia en la vida de sus hijos? ¿Qué tan destrozado estaría su relación con su hija más grande como para que haya decidido hacer su vida sin necesidad de su acompañamiento maternal? Pero lo que más daño le estaba causando a su corazón, incluso mucho más que esa enfermedad.

La dolorosa cantidad exacta de veces que silenció a Benjamín para realizar su trabajo.

Y ahora tenía la poca decencia de decir que lo extrañaba, pero cuando tuvo la libertad de disfrutarlo, su mente y corazón se destinaron a otra prioridad, una que no era su hijo. Y no había perdón en el mundo que sane esa culpa. Ya no había salida, y, por última vez, soltó un deseo que esperaba que llegara hasta su pequeño hijo —Hora de la muerte 21:35—

[...]

Mamá. ¿Por qué tu ventana estaba cerrada? No pude enviarte mi avioncito, pero hoy voy a intentarlo de nuevo. ¡Tengo un regalo para ti, mamá!

Papá compro un ramo de narcisos, dice que son tus favoritos. No entendí porque lloraba, pero yo estaba muy feliz porque te dibujé uno en mi avioncito.

No quiero que seas una lucecita, quiero que seas mi narciso. ¡Y cuando vuelvas, voy a protegerte, lo prometo, mamá!

Ya no tardes, te necesito a mi lado porque eres mi mamá, y mamá siempre tiene que estar conmigo. Te voy a estar esperando. ¡Juntos venceremos al señor coronavirus!

Te amo. Benja.

“Quiero ser la luz que te ayude a florecer, mi pequeño narciso.

Te ama eternamente, Mamá.”